

Liburu berriak / Reseñas / Reviews

PETER AUSTIN y JULIA SALLABANK (eds.), *The Cambridge Handbook of Endangered Languages*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, 578 pp.

Una de las tareas más interesantes que realiza un lingüista de comienzos del siglo XXI es trabajar en la descripción, documentación y revitalización de lenguas que se encuentran en peligro de extinción. Ello implica enfrentar los (pre)juicios que una sociedad mayoritaria tiene frente a una sociedad por lo general minorizada y los que los mismos hablantes tienen respecto a sus propias lenguas, y tratar de convencer a los primeros de que se pierde en todo sentido con la extinción de una lengua y a los segundos de que las lenguas, además de servir como una manera de expresar identidad y cohesión social, son formas únicas de expresar un conocimiento local que, si desaparece, sería prácticamente imposible recuperar.

En este manual se presentan las reflexiones de diferentes investigadores respecto al tema de las lenguas en peligro de extinción, sistemas semióticos gracias a los cuales se ha logrado mucha más comprensión sobre lo que es lenguaje humano en general y el papel que pueden jugar en la caracterización de fenómenos de lenguas en contacto, así como en la comprensión de aspectos culturales y cognitivos del ser humano, y las tipologías lingüísticas.

Desde la introducción, los editores dejan en claro lo que se va a entender por *lenguas en peligro*: «at least half of these [languages spoken across the world] may no longer continue to exist after a few more generations as they are not being learnt by children as first languages. Such languages are said to be ENDANGERED LANGUAGES» (p. 1). En otros términos, el factor clave, más allá de la demografía, es el hecho de que una lengua se transmita o no de una generación a otra. Por esta razón, se trabaja en equipo y contrarreloj, dado el riesgo constante que se vive de un posible desastre natural o un conflicto social, y, de ser posible, en contacto permanente con la comunidad.

El núcleo del manual se divide en cuatro partes: *Endangered Languages, Language Documentation, Responses y Challenges*. La primera parte trata sobre las consecuencias que conlleva la pérdida de lenguas en la desaparición de información sobre ecología, cultura, organización social y en aspectos lingüísticos como el orden de constituyentes, los marcadores evidenciales y los sistemas fonémicos. En la segunda parte se resalta el papel que tiene el lingüista y la comunidad de habla como participantes activos en la creación de textos que, por un lado, tratan de fortalecer una valoración positiva para los propios hablantes de la lengua en peligro como un sistema semiótico que puede cumplir el mismo tipo de funciones con que se emplean las lenguas

mayoritarias; y, por otro, permiten que el entorno académico y diversas instituciones gubernamentales y particulares reconozcan el patrimonio humano que se está perdiendo por causas sociales y/o ambientales. La tercera parte ilustra los esfuerzos que se llevan a cabo para conservar o reducir el impacto de pérdida de lenguas en peligro desde la creación de sistemas de escritura, pasando por el empleo de tecnologías para difundir el uso de lenguas por medios de comunicación, hasta el desarrollo de políticas que oficializan el uso de las mismas en ámbitos jurídicos y gubernamentales. En la última parte se presentan los desafíos que enfrentan las lenguas en peligro frente a políticas de desarrollo económico, el internet y su difusión por los medios de comunicación, así como los retos que han de enfrentar los lingüistas en el desarrollo de habilidades que debe desarrollar para hacer documentación de una lengua en campo, el cual, en algunos casos, es un lugar carente de agua potable y electricidad.

Con relación a la primera parte, se reporta la presencia de siete capítulos: *Language ecology and endangerment*, *Speakers and communities*, *A survey of language endangerment*, *Language contact and change in endangered languages*, *Structural aspects of language endangerment*, *Language and culture* y *Language and society*.

En el primero, Lenore Grenoble presenta una de las subdisciplinas de la lingüística que trabaja en la relación que tiene el uso de las lenguas con el entorno natural y social en que son empleadas: la *ecolingüística* (p. 30-35). Se destaca que la pérdida de lenguas, en algunos casos, sucede con la pérdida de recursos naturales y la extinción de especies de animales y plantas en esos territorios, esto es, por influencia de poner en ejecución modelos que promueven un único orden social, un único modelo económico y una sola forma de concebir la cultura, a menudo ligado con el fomento del monolingüismo, e ignorando la existencia de las relaciones lengua-sociedad-medio ambiente ya existentes, lo cual genera la desaparición de un entorno biológico junto con el cultural.

En el segundo, Colette Grinevald y Michel Bert destacan el papel que tienen los hablantes de las lenguas en peligro y las comunidades de las cuales hacen parte en las tareas de descripción, documentación y revitalización de lenguas. Se presentan tipologías de los hablantes de lenguas en peligro, con base en criterios como, por ejemplo, el grado de competencia lingüística que tienen (esto es, si son hablantes fluidos, semihablantes o hablantes terminales). Es interesante encontrar categorías en este capítulo como *hablantes fantasmas* y *neo-hablantes*, «Ghost Speakers» (p. 51) y «Neo-speakers» (p. 51) respectivamente. La primera categoría resalta un aspecto que pocas veces es tratado en estudios de lenguas en peligro: el autorreconocimiento de los usuarios de una lengua como hablantes de la misma. Podría parecer trivial de no ser que el considerarse como *no hablantes de una lengua* suele ser una estrategia de protección de vida, como ocurría con los hablantes de lenguas indígenas de los llanos orientales de Colombia entre las décadas de 1930 y 1980, los cuales, para evitar ser asesinados por ser considerados como indígenas en un proceso conocido históricamente por los colonos como *guajibiadas*, dejaban de reconocerse como hablantes de guahibo, hitnu, achagua, piapoco, sáliba, piaroa o sikuaní para autodenominarse *usuarios campesinos de dialectos del español* (Ceinos 1992: 417-418). En ocasiones, esa estrategia facilita la extinción de la lengua dado que se autoconsidera que la lengua en peligro que se usa puede representar la muerte de una persona o un grupo humano. La segunda categoría pone de relieve el resultado que se puede obtener de un proceso constante y eficaz de revitalización de una lengua y es el hecho de que una nueva ge-

neración de usuarios de estos sistemas semióticos, quizás con algunas características lingüísticas nuevas y una valoración de la lengua en peligro más positiva que la de sus predecesores, puede surgir y motivar a que, al menos, se postergue por un tiempo adicional la extinción de una lengua.

En el tercer capítulo, David Bradley nos enseña un resumen sobre la situación de las lenguas en peligro en el mundo con un énfasis en la situación en el sudeste asiático y China. Se han hecho frecuentes reportes para registrar cuántas de las lenguas que se hablan en el planeta se encuentran con diferentes grados de peligro de extinción. De ellos se han obtenido diferentes resultados, esto, porque no se han tenido en cuenta criterios estandarizados como, por ejemplo, el hecho de si los hablantes consideran que lo que hablan es una lengua o una variedad dialectal, si la lengua que tiene pocos hablantes en su lugar de origen se habla en otras partes del mundo y el hecho de que fuentes como *Ethnologue*, en la cual se fundamentan algunas clasificaciones, presentan los siguientes problemas: «the nature of the Ethnologue, with its extremely numerous anonymous entry authors and lack of consistency of content and terminology, makes it impossible to extract comparable data from that source» (p. 67). Poniendo como ejemplo los estudios que el autor del capítulo ha llevado a cabo en el sudeste asiático y China, él propone hacer diagnósticos sociológicos del lenguaje con base en cuatro subcategorías: dialectología perceptual (percepciones sobre lo que un grupo humano X considera respecto al hecho de si lo que hablan otros grupos es o no la misma variedad de lengua y, en caso de que no lo sea, si es la misma lengua con alguna leve variación o no), nombres de lenguas (tanto los que otros grupos humanos les asignan a lo que habla un grupo humano X como las formas en que ese grupo autodenomina su lengua), vitalidad (incluyendo las actitudes que tiene un grupo humano X respecto a su lengua y otras que se hablen en su área por otros grupos, así como el grado de fluidez en el uso de una lengua dentro de la comunidad) y base (aspectos como las genealogías, los registros de migraciones e información de tipo sociohistórico se incluyen en esta categoría). Llama la atención la segunda categoría porque es un factor que me recuerda la situación que tuvieron los hablantes de criollo palenquero cuando hice trabajo de campo en 2008 en San Basilio de Palenque, donde me comentaban que, durante mucho tiempo, el nombre que los hispanohablantes del caribe colombiano le daban al criollo era el de *español mal hablado*. Este asunto, sumado al hecho de que eran ofendidos por ser de origen afrodescendiente, fue motivo para que una buena parte de la población de esa región dejara de transmitir a sus hijos esa lengua criolla.

En el cuarto capítulo, Carmel O'Shannessy presenta los tres tipos de resultados que pueden ocurrir en situaciones de lenguas en contacto: el mantenimiento y la coexistencia de las dos lenguas en un mismo grupo social, el reemplazo, en todos los contextos de uso, de una lengua por la otra, y la creación de *pidgins*, lenguas criollas y lenguas mixtas para bilingües. Entre estos últimos, la diferencia reside en que con el criollo se busca establecer nexos de comunicación de los bilingües con los que no lo son, en tanto que las lenguas mixtas surgen para que solo los bilingües se comuniquen entre sí (p. 85). Queda claro que cuando hay coexistencia, la presencia de préstamos de una lengua en la otra es factible y que cuando una lengua reemplaza a otra, lo suele hacer gradualmente, con etapas de interferencia y de obsolescencia en el uso de una lengua, la que es minoritaria. Existen dudas sobre si, además de la diferencia sobre

el contexto de uso para los cuales surgen las lenguas criollas y para los cuales surgen lenguas mixtas, existen otros criterios para distinguir entre estos dos tipos de lenguas. Desafortunadamente, en este capítulo no se brinda más información al respecto.

En el quinto capítulo, Naomi Palosaari y Lyle Campbell presenta cómo el estudio de las lenguas que se encuentran en peligro de extinción contribuye a los estudios tipológicos y a la teoría lingüística en general, y las consecuencias estructurales del proceso de desaparición de una lengua, en particular, los cambios fonológicos, morfológicos y sintácticos que pueden ocurrir en una lengua en peligro de extinción. Desde contrastes dobles de duración vocálica en saami hasta el orden OVS (Objeto-Verbo-Sujeto) encontrado en hixkaryana y la presencia de clasificadores genitivos en nivaclé (pp. 107-108), aspectos que han tenido que reformular los universales lingüísticos, dado que son características poco frecuentes de encontrar en las lenguas del mundo, se convierten en elementos para apoyar la urgente documentación de estos sistemas semióticos humanos antes de que desaparezcan. Con relación a los cambios lingüísticos, se observa que las lenguas en peligro de extinción tienden hacia una simplificación de los sistemas sonoros, con morfología más analítica, producida sin muchas variaciones estilísticas ni complejidad sintáctica.

En el sexto capítulo, Lev Michael presenta a la relación de la cultura con la lengua como un factor que se ve seriamente afectado en los procesos de desaparición de las lenguas. Aboga por la necesidad de que se lleve a cabo una recolección de datos que no solo se limite a registros de palabras, sino a textos que se puedan transmitir de generación a generación con bastante fidelidad por medios audiovisuales, motivando a que se lleven a cabo esfuerzos significativos de la Documentación Lingüística. Considera que en la extinción de una lengua no solo desaparecen saberes, sino también maneras de actuar colectivamente en un entorno particular, estrategias de comunicación, modos particulares de definir el lenguaje y de expresar, de maneras icónicas, indexicas y simbólicas, los diferentes fenómenos políticos, musicales, culinarios, religiosos, médicos y económicos de un grupo humano particular.

En el séptimo capítulo, Bernard Spolsky da cuenta de elementos de la relación lengua-sociedad que influyen el proceso de desaparición de las lenguas. Términos como la vitalidad (p. 142), la política lingüística (p. 148) o las creencias e ideologías asociadas al uso de las lenguas (p. 154) son tratados en detalle en esta etapa final de la primera parte del libro. Pone de relieve que, dependiendo de las situaciones de políticas lingüísticas existentes en diferentes lugares del mundo, se han conocido casos de acciones que se han emprendido para que, cuando hay dos o más lenguas que se hablan en un mismo territorio, se trate de incentivar a que se pueda mantener el uso de éstas sin prohibiciones legales ni estigmatizaciones sociales, como ocurre en Quebec, Canadá, o casos donde, como herencia del colonialismo, se ha decidido por mantener el uso de lenguas de los antiguos gobernantes como el inglés o el francés en detrimento de las lenguas nativas, que es la situación de muchos países africanos desde sus procesos de independencia en la década de 1960.

Con relación a la segunda parte, se reporta la presencia de cinco capítulos: *Language documentation*, *Speakers and Language Documentation*, *Data and Language Documentation*, *Archiving and Language Documentation* y *Digital archiving*.

En el octavo capítulo, Anthony Woodbury presenta la definición de Documentación Lingüística, que es la siguiente: «Language documentation is the creation, anno-

tation, preservation and dissemination of transparent records of a language» (p. 159). Los registros son orales, audiovisuales y escritos, los cuales deben tener anotaciones contextuales (por ejemplo, fecha, hora y lugar de grabación, nombre, edad y género del hablante, etc.) que brinden información sobre el evento comunicativo obtenido denominadas *metadatos* (p. 160). Tales registros son organizados en corpus, grupos de datos ordenados para que se puedan emplear por lingüistas, comunidades y profesionales interesados en el diseño de enseñanza de lenguas y materiales educativos. Se resalta en este capítulo la necesidad de que los esfuerzos que se emplean en documentación lingüística para crear bases de datos sean compartidos entre los lingüistas y las comunidades con las cuales se encuentran.

En el noveno capítulo, Lise Dobrin y Josh Berson presentan una reflexión sobre el papel que juegan los hablantes dentro de la Documentación Lingüística. Es de resaltar que con el reciente auge de estudios de lenguas en peligro, esta disciplina, que en el capítulo anterior se nos afirmaba que tenía una historia amplia enriquecida en los últimos 80 años con conocimientos de la antropología, la lingüística, la filología y la sociología (pp. 159-160), le ha permitido a los hablantes ser no solo consultantes sobre “cómo se hace referencia a determinado objeto en su lengua”, sino personas que tienen la capacidad de decidir sobre el destino de lo que se graba, que colaboran recopilando información de interés lingüístico y social, pero también apoyando en su difusión y revitalización, por lo que se aboga por que, por ejemplo, si se estudiara el criollo palenquero, no solo se recopilarán listados de palabras y oraciones, sino también, y aún más importante para la comunidad, información de interés nacional acerca del Festival de Tambores, evento propio de los meses de octubre en el palenque de San Basilio (Bolívar, Colombia), con el apoyo de los mismos usuarios de esta lengua de superestrato léxico del español hablada por cientos de hablantes.

En el décimo capítulo, Jeff Good presenta el papel que cumplen los datos y los metadatos en la Documentación Lingüística. Recalca que ya no basta con la transcripción del fenómeno lingüístico, sino que se debe brindar información contextual sobre las grabaciones lo suficientemente sistemática para permitir futuros procesos de archivado. Sostiene que, prácticamente, ningún registro, sea sonoro, escrito o audiovisual, no es puramente objetivo porque es selectivo, discreto, respuesta de una voluntad humana particular sobre la cual se constituyen patrones, tal como se afirma a continuación: «one should not be complacent and assume that the “rawness” of this data implies that it represents a purely objective rendering of a given communicative event. All recording involves selection: what to record, when to record, how to record, etc. And these selections, made by a person, not a machine, can shape the recording tremendously, not only influencing the perceived quality of the recording but also emphasizing and deemphasizing features of the recorded event and the language in possibly significant ways» (p. 214).

En el undécimo capítulo, Lisa Conathan explica la pertinencia de elaborar archivos en Documentación Lingüística. En el diseño de estas colecciones de información siempre va haber desafíos, desde la selección de criterios de organización de los datos hasta la toma de decisiones éticas en cuanto al reconocimiento de derechos culturales e intelectuales. Estos archivos serán la base sobre la cual se diseñarán los materiales a ser empleados en procesos de revitalización de una lengua por parte de las comunidades, lingüistas y profesionales, o pueden ser los últimos, y a veces únicos, vestigios

de la existencia de un sistema lingüístico que un grupo humano usó en un lugar y tiempo concretos. Una de las mayores dificultades con que se enfrentan los archivos tiene que ver con su preservación (p. 249-250). Esto, porque los registros análogos de datos (textos impresos, grabaciones de cinta de carrete abierto, discos de acetato de polivinilo, etc.) son constantemente susceptibles al deterioro ambiental por factores como la humedad, la temperatura y la iluminación; y los registros digitales de datos (por ejemplo, discos compactos y unidades magnéticas portátiles) son vulnerables a la inaccesibilidad e incompatibilidad ante la constante actualización de los programas en que se suelen abrir, editar y reproducir.

Sobre este último tópico, David Nathan, en el decimosegundo capítulo, resalta el papel de los archivos digitales en la Documentación Lingüística. Sus ventajas residen en la capacidad de ser portátiles, copiables y difundibles; a tal punto de que se le pueden enseñar registros audiovisuales en formato digital a un colegio con estudiantes que aprenden una lengua en peligro en un entorno rural y, a la vez, a una comunidad de lingüistas y profesores de etnomatemáticas en una universidad que está a miles de kilómetros de distancia. Existen diferentes iniciativas de alcance internacional como el proyecto *Dokumentation Bedrohter Sprachen Archive* (DoBeS) del Instituto Max Planck de Nimega (Holanda), el Archivo de Lenguas Indígenas de América Latina/*Archive of the Indigenous Languages of Latin America* (AILLA) en la Universidad de Texas o el Programa de Documentación de Lenguas en Peligro de Extinción/*Endangered Languages Documentation Programme* (ELDP) de la Universidad de Londres, en las cuales se proponen estándares de rotulación de archivos digitales, archivado y portabilidad de los registros digitales. Llama la atención el énfasis que se hace en la preservación de los datos por medio de los archivos. La pregunta que queda tras leer el capítulo es sobre cuál es el papel que los hablantes ejercen sobre la accesibilidad a sus propios registros. Se habla bastante de los derechos de propiedad de los archivos, incluyendo la posibilidad de emplear la licencia *creative commons* para permitir que el lingüista o el fondo archivístico en el que se han depositado los datos comparta cierta cantidad de información con fines académicos, pero no se afirma nada sobre si, por ejemplo, los hablantes, desde la misma elaboración del archivo, pueden participar en la toma de decisiones sobre qué de todo lo que se ha grabado o transcrito se puede compartir con sus coterráneos y con los miembros de los fondos archivísticos.

Con relación a la tercera parte, se reporta la presencia de seis capítulos: «Language policy for endangered languages», «Revitalization of endangered languages», «Orthography development», «Lexicography in endangered language communities», «Language curriculum design and evaluation for endangered languages» y «The role of information technology in supporting minority and endangered languages».

En el capítulo decimotercero, Julia Sallabank expone un resumen histórico sobre la transformación de las políticas y planificaciones lingüísticas, que originalmente instituían y fomentaban un monolingüismo de lenguas de los conquistadores en las antiguas colonias, como de hecho ha ocurrido con el español en gran parte de América y con el inglés, el francés y el portugués en África, en mecanismos legales e institucionales gubernamentales para promover el uso de más de una lengua sin restricciones jurídicas o contextuales y procurando que se revierta el valor negativo del empleo de una lengua en peligro por parte de quienes la usan y de quienes no la hablan. Tal cambio pasa por el reconocimiento de los derechos lingüísticos como derechos hu-

manos y de un replanteamiento de considerar a los grupos humanos que piensan, hablan y actúan distinto como una ocasión para enriquecer y progresar como sociedad. Respecto al papel del lingüista, Sallabank deja claro que debe ser activo, abogando, de ser posible, que no se pierda el uso de la lengua en peligro en los diferentes ámbitos de la cotidianidad vivida en el grupo humano que la habla: «I [Julia Sallabank] would argue that the same is true for linguists: to remain “neutral” in a situation of language endangerment is tantamount to condoning language loss. The need for linguists to engage with language policy is an essential element of social responsibility in research» (p. 290. Lo añadido en paréntesis cuadrados es mío).

Leanne Hinton, en el capítulo decimocuarto, expone una reflexión sobre los procesos de revitalización lingüística. Se considera que no hay lenguas muertas, sino *durmientes* (p. 305), esto es, lenguas que, aunque de ellas no queda hablante vivo alguno, gracias a su documentación, pueden volver a ser reutilizadas por individuos y, posteriormente, por grupos humanos. Tal es el caso del hebreo en Israel, en el que, gracias a sus registros escritos históricos y un esfuerzo constante llevado a cabo por filólogos, lingüistas, políticos y la ciudadanía en general, se vuelve a hacer uso social de una lengua que se había dejado de hablar durante siglos. Se considera que la mayoría de los esfuerzos que se llevan a cabo para que las lenguas en peligro se sigan hablando son de *conservación o mantenimiento*, no de revitalización, reservando este término a procesos por los cuales las lenguas durmientes vuelven a ser usadas constantemente. En Bogotá, Colombia, se brindan cátedras de lengua muisca, la cual se ha dejado de hablar durante tres siglos y de la cual se había logrado documentar en gramáticas, diccionarios y catecismos, como un primer paso de un posible caso de revitalización que se podría dar en este país (Montes y Gómez 2013); aunque persiste la duda sobre si realmente la lengua *revitalizada* es, en criterios lingüísticos, un sistema lingüístico con fonología, morfología, sintaxis, semántica y pragmática significativamente similares a ese sistema que se usó antes o es otra lengua creada con algunos elementos de base conservados por registros históricos y bastantes innovaciones.

En el capítulo decimoquinto, Friederike Lüpke presenta el papel que desempeña la creación de ortografías en el proceso de preservación del uso de una lengua en peligro. Se resalta que los hablantes pueden participar activamente de esta etapa de la planeación lingüística colaborando a decidir sobre si consideran mejor para sus necesidades sociales emplear un silabario, un sistema de ideogramas o pictogramas o un alfabeto. Si eligen este último, se puede decidir entre si su base es estrictamente fonémica o no y si, en caso de poseer africadas u oclusivas prenasalizadas en su inventario fonológico, las van a representar con uno o dos grafos. A menudo, existe la dificultad de que, en una misma lengua, un grupo particular de sus hablantes emplea un sistema de escritura con base en sus creencias religiosas o su ideología política y los demás emplean otro, como ocurre con los serbios y los croatas. Para un lingüista, este tipo de desafíos suelen aparecer en lenguas en peligro, dada la coexistencia de estos investigadores con grupos pequeños divididos por la presencia de misioneros o personal de secciones de responsabilidad social de las multinacionales. Con relación a aspectos lingüísticos que son complejos de ser adaptados a sistemas de escritura, independiente de si se está ante un sistema de pictogramas o un alfabeto, el lingüista tiene que enfrentarse con la posibilidad o no de otorgar una posible notación para propiedades prosódicas como el acento o el tono, las cuales son continuas en su producción

y su registro acústico en oscilogramas y espectrogramas, y no siempre pueden hacerse corresponder con lo que los hablantes oyen, como ocurre con la notación tonal de la lengua dschang en Camerún (p. 332).

En el capítulo decimosexto, Ulrike Mosel resalta la necesidad de crear diccionarios como parte importante de las estrategias de mantenimiento de una lengua en peligro de extinción. Para el profesor Mosel, los hablantes pueden colaborar en la toma de decisiones respecto a la selección de la variedad de lengua y la terminología que se desea incorporar en cada uno de los campos semánticos de la base de datos sobre la cual surgirán los vocabularios que se pueden emplear en el sistema etnoeducativo local. Se asume que la experiencia de conformar un diccionario no es un esfuerzo individual del investigador, sino que debe ser una experiencia colectiva (p. 352), de constantes encuentros y talleres. Eso es positivo, porque permite que aspectos culturales enriquezcan la creación de estos cuerpos de información, generando un producto que sea de utilidad tanto para la comunidad hablante de la lengua en peligro como para la asociación de docentes, lingüistas y demás profesionales que intervienen en el proceso. Se propone que no se produzca un único diccionario, sino una colección de pequeños diccionarios, que traten campos semánticos concretos para aprovechar en campos particulares del saber, por ejemplo, se propone un documento dedicado a entradas léxicas relacionadas con el campo semántico 'animal', en el cual se abordará todo lo que esté asociado con especies animales del lugar, tanto aves y reptiles como peces y mamíferos.

Serafin Coronel-Molina y Teresa McCarty, en el capítulo decimoséptimo, proponen brindar el diseño de modelos de enseñanza educativa en lenguas en peligro con base en políticas y desarrollos en planeación lingüística que permitan que esos contenidos que se enseñen en la escuela se puedan usar en la cotidianidad, de tal manera que los estudiantes sientan que, aunque hablan una lengua en peligro, eso no debe constituir un obstáculo para progresar en la sociedad en que se encuentren inmersos. Por ello, los modelos de enseñanza en los cuales hacen más énfasis son de tipo comunicativo y basado en tareas, los cuales fomentan el uso permanente de las lenguas en peligro entre profesores y estudiantes dentro del aula y promueve que, para resolver ciertos desafíos académicos con los padres de familia, también se haga uso de la lengua en peligro. Esto es positivo si hay continuidad en los estudios universitarios y en el ámbito laboral. En el capítulo citan el caso de las variedades principales del quechua en Perú (pp. 364-368), que, debido a la ruptura existente entre estudios de secundaria con los estudios profesionales, contexto de formación académica en el cual se les obliga a usar solo español e inglés como lenguas de aprendizaje, se había asumido gradualmente que se debía dejar de transmitir la lengua indígena a las futuras generaciones para encontrar mejores opciones de progreso social. Sin embargo, con el desarrollo de las redes sociales y la computación en general, se ha abierto una opción complementaria de seguirse educando en quechua y de preservar su uso, esto, por el desarrollo de programas con interfaz en esa lengua. Lo que falta por evaluarse es la eficacia de estos procesos, pero eso solo se puede llevar a cabo en un mediano plazo.

En el capítulo decimoctavo, Gary Holton presenta los diferentes desarrollos de las tecnologías de la información que se pueden aprovechar en el fomento del uso y el conocimiento sobre las lenguas en peligro. En cuanto a herramientas de diseño de diccionarios, programas como *Lexique Pro*, del Instituto Lingüístico de Verano,

o *Kirrkirr*, de la Universidad de Stanford, que permiten generar entradas léxicas con ilustraciones y registros sonoros de pronunciación, pueden contribuir a desarrollar bases de datos léxicos de significativa utilidad para lingüistas y profesionales dedicados a la educación. Gracias a desarrollos disponibles en teléfonos móviles como los mensajes de texto y el acceso a videollamadas, el investigador podría tener contactos permanentes con sus colaboradores por un periodo de tiempo más extendido del presencial. Se pueden crear *podcasts*, registros sonoros o de video de acceso restringido, los cuales sirven de punto de diálogo y corrección de propuestas del investigador por parte de sus colaboradores o de, incluso, de interacción entre unos colaboradores y otros. Gracias a plataformas de enseñanza a distancia como Blackboard o Moodle, se pueden establecer interacciones permanentes entre profesores y estudiantes, así como entre compañeros de estudio. Es claro que todos estos desarrollos se pueden implementar para grupos hablantes de lenguas en peligro solo si se dispone de acceso a computadores o teléfonos móviles en el territorio donde ellos viven.

Con relación a la última parte, se reporta la presencia de cuatro capítulos: «Endangered languages and economic development», «Researcher training and capacity development in language documentation» y «Planning a language-documentation project».

En el capítulo decimonoveno, Wayne Harbert informa sobre la influencia de factores económicos como el desarrollo de empresas de industria y comercio, el grado de formación académica de la población o las necesidades de servicios públicos satisfechas en la toma de decisiones sobre política y planeación lingüísticas para grupos humanos hablantes de lenguas en peligro de extinción. Se nos reporta que esfuerzos como el de pagar por hablar estas lenguas no han sido tan eficaces en el mantenimiento del uso de las mismas como el hecho de emplearlas para brindar información turística a los visitantes, fomentar publicidad y difusión de noticias en la prensa y las emisoras de radio y televisión locales, y hacer modelos de educación formales e industrias con ellas. Los esfuerzos de normalización de uso de las lenguas en peligro en su lugar podrían ser de significativa importancia para el mantenimiento de estas últimas. Por ejemplo, si en las fábricas donde trabajan los hablantes de lenguas minoritarias se propone el uso de una variedad que sirva de vehículo común entre sus variedades, que se pueda usar para escribir y que se emplee en la documentación interna y los avisos de advertencia de estos lugares, es probable que se prolongue su transmisión a la próxima generación, dado que estas circunstancias motivan a que los hablantes dejen de considerar que la lengua que se encuentra en peligro de extinción es un obstáculo para el desarrollo económico local.

Anthony Jukes, en el vigésimo capítulo, proporciona una reflexión sobre las capacidades que debe tener el investigador a la hora de efectuar tareas de Documentación Lingüística, así como su entrenamiento. Deja claro que no basta con describir la lengua en peligro, se debe tratar de crear productos que tengan valoración social como registros de eventos que se puedan difundir para atraer atención nacional (por ejemplo, algún ritual que se desee hacer visible de manera pública o algún festival de música tradicional) o documentos que serán de base para el inicio de procesos de planeación lingüística como diccionarios, colecciones de videos sobre aspectos culturales del grupo humano hablante de lenguas en peligro o canciones. El entrenamiento comienza con grupos pequeños de investigadores, pero gradualmente va involucrando

hablantes de lenguas en peligro en aras de establecer relaciones de apropiación social del conocimiento y de fomentar procesos de mantenimiento del uso de estas lenguas en sus contextos locales. Como tal, el entrenamiento debe ser constante, con ciclos de dos semanas, y con énfasis en talleres de manejos constantes de instrumentos como grabadoras y computadores. Para ello, se puede obtener apoyo de iniciativas como DoBes o ELDP. Pienso que, aunque no se menciona en el capítulo, una de las más habilidades que debe desarrollar el investigador con la comunidad hablante de lenguas en peligro es la de mantener la disposición al diálogo y la capacidad de conciliar diferencias que pueda tener con sus colaboradores. El no hacerlo suele traer por consecuencia el aislamiento social o la violencia.

En el capítulo vigesimoprimer, Máiréad Moriarty presenta un resumen del funcionamiento de la difusión de programación de televisión, radio e internet en lenguas minoritarias, presentando casos europeos como el catalán, el euskera, el gaélico y el irlandés y americanos como el chiricahua, los cuales han permitido una resensibilización de la sociedad monolingüe en lengua mayoritaria respecto al trato de aquellos que no son como ellos y ha hecho que aquellos que hablen las lenguas sientan que pueden aportar al desarrollo sociocultural de los países en que se encuentran sin tener que perder su identidad lingüística. Estas labores requieren de tiempo, voluntad política y cooperación de los grupos hablantes de lenguas en peligro que estén dispuestos a asumir tan valiente labor, por lo que es necesario que haga parte de la planeación lingüística. Es un fenómeno emergente, sobre el cual se requiere realizar estudios sobre su eficacia, tal como se afirma a continuación: «In order to fully establish the role of these media in the future survival and maintenance of such languages, there is need for further research which examines how these new roles for endangered languages may change language practices, and how they can be incorporated into language planning, policy and revitalization initiatives» (p. 458).

En el último capítulo, Claire Bowerne ofrece unas recomendaciones que pueden ser de significativa utilidad para lingüistas interesados en llevar a cabo proyectos de Documentación Lingüística. El balance entre las habilidades del lingüista, las necesidades de él y sus colaboradores y los recursos económicos, políticos, temporales y tecnológicos disponibles es el desafío principal que se debe tener presente. El diálogo es fundamental, el compromiso social es ineludible, la arrogancia y la impaciencia son propiedades que deben estar alejadas de la labor y tener sentido de pertenencia por lo que se hace lo es todo. Se recalca que, aunque se puede tener un diseño organizado de qué hacer y cuando ejecutarlo en la documentación de una lengua en peligro, todo puede variar. Se invita a que el lingüista lo asuma como parte significativa de su vida y no solo como la tarea que si viene a realizar por un breve momento del tiempo: «Language documentation and revitalization, particularly when it concerns highly endangered languages, is an emotional adventure for those involved in it. For most of the project team, it is not just a job» (p. 480).

En líneas generales, el manual presenta buenas iniciativas como la de emplear los recursos tecnológicos como una estrategia para mantener en uso una lengua en peligro de extinción. Por lo que se ha leído, discusiones terminológicas como la de referirse a esta situación como mantenimiento (decimocuarto capítulo) o revitalización (último capítulo) se mantienen; la Documentación Lingüística, como disciplina, se ha estado fortaleciendo y ahora se requiere que sus resultados en asociación con la

planeación lingüística para lenguas en peligro sean evaluadas para su constante proceso de mejoría.

Referencias

- Ceinos, Pedro, 1992, *Abya-Yala: escenas de una historia india de América*, Miraguano ediciones, Madrid.
- Montes, María y Gómez, Diego, 2013, *Cátedra Pensamiento Colombiano 2013-II: Lengua y cultura muisca*, en: <http://www.humanas.unal.edu.co/catedramuisca/>, Bogotá.

BERNHARD HURCH (ed.), *Seberino Bernardo de Quirós, Arte y Vocabulario del Idioma Huasteco (1711), Lingüística Misionera 3*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2013, 256 pp.

En la lingüística actual, a la par de las descripciones y documentaciones de lenguas en peligro de extinción, se están produciendo versiones editadas de documentos publicados siglos atrás, como vocabularios, gramáticas, catecismos, ortografías, diarios de campo o confesionarios, sobre lenguas que son poco conocidas por los investigadores. Con todos estos textos se pueden proporcionar aportes de datos para poder llevar a cabo actualizaciones constantes sobre, por ejemplo, reconstrucciones de protolenguas, clasificaciones tipológicas o aspectos teóricos sobre el lenguaje.

En este libro, el profesor Bernhard Hurch (Universidad de Graz, Austria), nos proporciona una versión editada de un manuscrito de significativa importancia en el estudio de las lenguas mayas, en particular, el huasteco, hablado en México. Tal documento escrito fue publicado en el siglo XVIII por Seberino Bernardo de Quirós y pocas personas conocían de su existencia hasta ahora.

El documento se divide en dos secciones: «Introducción» y «Textos». La primera parte trata de responder preguntas acerca de cómo el texto encontrado era el original, qué se sabe del autor, cómo entender parte de la notación usada para representar los sonidos del huasteco en ese entonces y cómo se puede relacionar este documento de Seberino de Quirós con obras posteriores como la de Tapia (1767). En la segunda parte, se presenta el *Arte* con dos tipos de textos (transcripción en la notación original y adaptación al sistema ortográfico actual) y el *Vocabulario* con comentarios sobre sus entradas léxicas comparadas con las de obras como Suárez (1995) o Martínez (2008).

Con relación a la primera sección, de 44 páginas, el profesor Hurch destaca de manera significativa algunas de las dificultades que se encontraron en el proceso de edición del *Arte* y *Vocabulario*, desde encontrar información sobre el autor, «Sobre el autor del manuscrito, Seberino Bernardo de Quirós, no se ha podido averiguar nada, ni siquiera el más mínimo dato anagráfico» (p. 15), pasando por reconstruir la historia de los lugares y propietarios que tuvo el documento original antes de haber sido encontrado en Alemania, hasta identificar correspondencias de fonemas y